

ENTRE LA RENOVACION Y EL CONTINUISMO

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

DIFICULTADES técnicas han hecho que coincidiera el IX Congreso del Partido Comunista de España, previsto inicialmente para la primera semana de abril, con tres aniversarios que condensan perfectamente el presente debate crítico en esta importante organización política de la izquierda española. El cincuenta y ocho aniversario de la fundación del PCE (15 de abril de 1920), el quince aniversario de la ejecución de Julián Grimau (20 de abril de 1963) y el ciento ochenta aniversario del nacimiento de Lenin (22 de abril de 1870) resumen de por sí los tres aspectos fundamentales de la presente polémica que hoy divide a los comunistas: ¿Cómo debe ser un partido comunista en el último tercio del siglo XX?, ¿cómo pasar de una organización centralista para afrontar la dura represión, a una de tipo democrático y descentralizador acorde con la legalidad?, y ¿cuál es la validez general del leninismo definido hasta ahora como el marxismo en la época del imperialismo? Tres interrogantes que al suscitar dos ti-

pos de lecturas distintas, como reconoce la última declaración del PSUC, centran el interés de todos los observadores políticos ante las reuniones del IX Congreso.

Porque ninguno de ellos tiene la menor duda sobre el desenlace orgánico de la reunión que se inicia este mismo miércoles. Basta leer el programa, en el que se señala un mitin final para el domingo 23 "presidido por Dolores Ibárruri, en el que intervendrá Santiago Carrillo" para constatar la característica formal y meramente ceremonial de las elecciones del Comité Central, de la Comisión de Garantías y del Comité Ejecutivo, fijadas para el día anterior. Es decir, de antemano hay que señalar que junto a una decena de nuevos "ejecutivos", que ampliarán el máximo órgano de dirección hasta cifras nada operativas, todo está ya decidido: el leninismo será abandonado y Santiago Carrillo iniciará una nueva fase de su ilimitado poder personal.

Sin embargo, sería tan erróneo como esperar una conclusión espectacular el deducir que nada ha

cambiado o va a cambiar en el seno del PCE. Por el contrario, algunas de las sesiones del Congreso demostrarán, a pesar de su reglamento restrictivo que confiere el mismo peso a las delegaciones de Madrid y Barcelona, que tienen cerca de la mitad de los militantes y once de los veinte diputados de la minoría parlamentaria comunista, con el de las restantes cuarenta y ocho provincias que eligieron únicamente a los nueve diputados restantes, que algo nuevo existe realmente en el seno del comunismo de nuestro país. El Congreso, gracias a una serie sucesiva de filtros y restricciones tecnocráticas, no reflejará la riqueza renovadora exhibida por las distintas conferencias regionales o locales, pero tampoco será una balsa de aceite continuista.

El sucesivo bloqueo de una política

Porque hay que tener muy en cuenta el contexto general en el que se celebra esta reunión políti-

9
CONGRESO
PCE 19-23 ABRIL 70
LIBERTAD COMPLETA PARA LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO

ca. A los seis meses de la firma del pacto de la Moncloa, que fue presentado por Santiago Carrillo como su gran éxito personal al afirmar por entonces que "lo que estaba sucediendo en la Moncloa indica que los hechos han venido a demostrar que tenía razón", parece fuera de toda duda que asistimos al bloqueo de la política de concentración que propugnaba el actual secretario general del Partido Comunista.

Esta no viabilidad de la línea oficial, que es posterior a una anterior no operatividad de la fórmula de la Junta Democrática, puede ser analizada o enjuiciada en función de las resistencias de la derecha —versión oficial— o en base a su desajuste con la real estructura socioeconómica del país —análisis no oficial—. En cualquier caso, sin entrar en su valoración, hay que constatar en las tesis oficiales la misma ausencia de análisis crítico a la hora de valorar la anterior política "juntera" que a la hora de presentar la actual política de concentración o concertación. No es nada casual que la tesis primera oficial haya sido unánimemente derrotada en su versión primitiva y aprobadas por gran mayoría nuevas enmiendas que matizan la redacción subjetivista del texto inicial.

Es decir, el PCE no celebra su Congreso en las mejores condiciones políticas. Muy distinto sería el ambiente si lo hubiera realizado en noviembre pasado como inicialmente había previsto Santiago Carrillo. Por aquel entonces, en medio de la euforia propagandística que presentaba el pacto de la Moncloa como una gran victoria, las quince tesis contestadas de hoy hubiesen "colado" sin gran oposición ni apenas debate. El relativo fracaso electoral del 15 de junio, insuficientemente explicado o analizado de forma evasiva, quedaba borrado por la euforia motivada por el hecho de que, por fin, el secretario general había traspasado el umbral del palacio de la Moncloa.

Importa resaltarlo para entender la rebelión leninista existente en la base, cuadros medios y dirigen-



Reunión del Comité Central del Partido Comunista español el 15 de abril del pasado año: De pie, de izquierda a derecha: Azcárate, López Raimundo, Tamames, Díaz Cardiel, Ormazábal y López Salinas. Sentados: Lobato, Horacio Fernández Inguanzo, Delicado, Brabo, Mauricio, Carrillo, Camacho, Ballesteros y Soto.



tes del PCE. Bajo este adjetivo se esconden un cúmulo de contradicciones no resueltas durante los largos años de clandestinidad. La distinta óptica entre los "parisinos" y el interior, el diferente enfoque y mentalidad entre la vieja guardia de la guerra civil y los jóvenes dirigentes, la antagónica valoración sobre los resultados de la política seguida, la bipolarización entre los centralistas del aparato y los democráticos, la plural interpretación sobre el contenido de la independencia de los partidos catalán, vasco y gallego, las diversas lecturas del papel de CC. OO., y la creciente oposición entre la tendencia marxista y la socialdemócrata, que ha contado con el viento a favor en los últimos tiempos, aparecen entremezcladas con la disputa sobre las señas de identidad ideológica del propio partido.

De ahí, que sea sumamente esquemático contraponer leninistas y oficialistas como polos de la disputa que hoy corroe al PCE. Pues parece evidente que, siempre en función de una clasificación no muy apropiada, existen leninismos de "derechas" y de "izquierdas", como oficialistas de una u otra orientación similar. Quizá la división menos inexacta sería la que encabeza este comentario: renovadores y continuistas. Hay en los primeros un deseo de adaptar la organización a las nuevas condiciones democráticas —lo que exige la más amplia democratización interna— y existe en los segundos la voluntad de limitar los cambios al contenido formal y semántico de la política general, sin que traspase sustancialmente los muros de la propia organización. O, como mal menor, limitar esta libertad de discusión, expresión y voto a los órganos inferiores impidiendo, por ejemplo, que los nuevos aires de-

mocráticos irrumpen en el Comité Central, que debería ser realmente el auténtico parlamento de la organización que representara a todas las corrientes existentes en el PCE.

No estamos delante de un debate que enfrente a dos líneas opuestas, sino ante una confusa polémica que resume todas las contradicciones ya anteriormente apuntadas. De ahí el deseo de una amplia parte del PCE, claramente evidenciada en las conferencias preparatorias, de proceder a un amplio debate democrático que pudiese precisar qué tipo de organización y, sobre todo, qué tipo de política llevar a cabo; lo que, con toda seguridad, provocaría una nueva clasificación de actitudes que rompería la actual. El leninismo, en este sentido, no es más que la forma posible en que se pueden expresar otros problemas que no tienen cauce viable de expresión; aparte de ser en sí un factor de discusión. Es por eso que asistimos a la paradoja de que los antileninistas imponen su política sirviéndose de una interpretación del tipo de organización leninista, a la vez que los leninistas tienen que salirse del marco organizativo leninista —sólo así el PSUC ha podido reafirmar su decisión de seguir siendo marxista y leninista— para no ser derrotados por una minoría que se sirve de una versión del leninismo como organización para abandonar el leninismo como ideología.

Para quien haya seguido con un mínimo de atención lo sucedido en Cataluña, Madrid, Asturias o Sevilla, no ofrece dudas que este proceso democrático interno, iniciado por el propio Santiago Carrillo ante la ineludible exigencia de la base y por ganar credibilidad democrática ante el exterior, ha supuesto la apertura de las mil

flores que permanecían hibernadas. Es decir, Santiago Carrillo ha sido derrotado en Cataluña, contestado por el 40 por 100 de la organización de Madrid que ha pedido el aplazamiento del debate leninista, discutido por la mitad de la organización asturiana y por la cuarta parte de la organización andaluza —los cuatro bastiones geográficos del comunismo español—, sin que por ello se enfrente a una rebelión coordinada en lo ideológico, político u orgánico. La única y común reivindicación a la que tiene que hacer frente es la demanda de que sea coherente con la propia política eurocomunista que proclama, desarrollando hasta sus últimas consecuencias el proceso democrático interno que ha puesto en marcha desde comienzos de este año. La casualidad, que no es pura coincidencia, de que anunciara en los Estados Unidos el abandono del leninismo cuando intentaba vender a los norteamericanos el Gobierno de concentración con el resultado conocido, ha hecho que esta rebelión sea adjetivada como leninista cuando el discurso ideológico leninista no es más que uno de los componentes entre una suma de ellos que se resumen en la común exigencia democrática.

La tentación involucionista

Ese es el auténtico nudo gordiano de la batalla política interna que hoy se desarrolla en el seno del comunismo. Porque quienes se vieron obligados a iniciar el proceso democrático se encuentran con unos primeros resultados realmente inesperados. Puede decirse, con toda certeza, que hasta ahora ninguna organización política española ha realizado un debate tan democrático como el habi-

do en las conferencias, a pesar de las consabidas maniobras y manipulaciones de algunos sectores oficiales. Contra lo que algunos estiman como una afirmación entusiasta, ahí está la derrota de Santiago Carrillo en el PSUC para asombro de propios y extraños.

Precisamente es este innegable avance democratizador el que ya está suscitando algunas tentaciones involucionistas por parte de algunos sectores oficiales. Aplicar los estatutos de una forma estricta, cerrar filas ante la ofensiva anticomunista, parapetarse en un auténtico "ghetto" político denunciando conspiraciones y agentes enemigos (antes los militantes, cuadros y dirigentes democráticos eran acusados de pertenecer a la CIA, ahora son calumniados adscribiéndoles a la KGB), defender que el cambio del PCE exige un inevitable coste, son síntomas bastante inquietantes —junto con algunas medidas administrativas adoptadas ya de un modo u otro contra algunos militantes y cuadros renovadores— de esta tentación involucionista. Basta leer el último texto de Santiago Carrillo o el artículo aparecido el último domingo en un diario matutino, bajo la firma de Dolores Ibárruri, para constatar cómo se adelantan las primeras argumentaciones involucionistas: "Ataque anticomunista, ofensiva de la derecha, militantes jóvenes en edad y afiliación, reaccionarios que deforman y exageran las discusiones, un partido no es un club de discusión ni una academia, erupciones de demócratismo".

Aunque el dilema no es nada fácil para estos sectores continuistas. Si frenan el proceso iniciado hunden políticamente al PCE y si lo desarrollan van a ir perdiendo paulatinamente importantes parcelas de poder. Así que estos segmentos del PCE van a tener que



Rueda de prensa del PSUC. En el centro, López Raimundo, presidente, y, a su derecha, Gutiérrez Díaz, secretario general.



Dolores Ibárruri, presidenta del PCE, y Santiago Carrillo, secretario general, durante la reunión extraordinaria del Partido Comunista español en Roma, julio de 1976.

verse obligados a cabalgar entre el máximo control posible de la renovación y el mínimo de decisiones administrativas inevitables para no poner en peligro la continuidad. Posición sumamente incómoda, dado que, además, la dinámica política general del país está a punto de entrar en una nueva fase contraria a las previsiones y cálculos oficiales.

Mientras la política de concentración no es defendida por ninguna fuerza sociopolítica, la alternativa de poder del PSOE —que inexplicablemente continúa siendo presentada por Santiago Carrillo como infantil— avanza considerablemente hacia el palacio de la Moncloa. De hecho este global bloqueo de la política del secreta-

rio general sólo es compensado por el éxito de Comisiones Obreras en las recientes elecciones sindicales; aunque este verdadero salvavidas encierra en su interior nuevos problemas al transformar —o mejor dicho reflejar, el papel que el comunismo ha cumplido durante la dictadura—, al PCE en una fuerza sindical de facto en detrimento de su entidad partidista.

Ello es también lo que explica las precauciones tomadas ante el desarrollo del IX Congreso. Más bien ha sido preparado como una respuesta mayoritaria, utilizando una reglamentación sumamente discutible, y "prudentemente" democrática que borre el ambiente creado por las cuatro principales

conferencias regionales o nacionales en las que el secretario general ha sido derrotado o contestado por la mitad o tercera parte de los delegados. Así el IX Congreso, a pesar de las muestras críticas, dará una impresión contraria a la realmente existente: una minoría minoritaria no oficialista frente a una mayoría mayoritaria oficialista. Situación que reproduce exactamente la aparente contradicción existente entre el hecho de una extensa e intensa discusión en las conferencias y la, por razones obvias, casi plena unanimidad acrítica del Comité Central, que aprobó las tesis y la redacción de los nuevos estatutos, que confieren todavía más poderes al secretario general, en unas horas.

Un Congreso de transición

De ahí que no haya que esperar ningún resultado espectacular, dado que va a reflejar a la perfección esta constante tensión dialéctica entre la renovación democrática y el continuismo centralizador. Será, sin duda, un importante paso adelante —y un retroceso en relación con las conferencias— pero no será todavía el Congreso que una organización tan rica y variada como es la comunista necesita a esta altura histórica.

Esto significa que nada se habrá resuelto. La lucha entre estos dos polos políticos continuará sin que pueda aventurarse ningún pronóstico. Porque, al fin y al cabo,

el IX Congreso no es más que una batalla más de una larga guerra política que se inicia hace bastantes años y que puede durar aún unos cuantos más. La voluntad unánime de todos los contendientes de no dejar en manos del contrario la plusvalía histórica del PCE, más el total y personal control del aparato, finanzas y relaciones internacionales con el movimiento comunista por parte de Santiago Carrillo, hace que este combate vaya para largo. Al no poner nadie en cuestión la unidad del PCE es la única gran coincidencia existente en estos momentos—, el proceso de renovación no va a adquirir los aspectos rupturistas que algunos observadores superficiales creen o, mejor dicho, quieren ver.

Para una estricta, fría, lúcida valoración de las perspectivas de esta lucha política hay que tener en cuenta que asistimos a un hecho radicalmente nuevo en el seno del movimiento comunista internacional. Hasta ahora no se había producido una rebelión político-ideológica contra el secretario general de un partido, en ninguno del casi centenar de partidos comunistas existentes en el mundo entero. Aunque, claro está, tampoco ninguno había decidido abandonar el leninismo de la noche a la mañana, de una forma apresurada y no muy democrática como decidió Santiago Carrillo en una fría mañana en Washington. Por ello, es difícil prever cómo pueda desarrollarse el proceso iniciado, pero, en líneas generales, parece que se abre una dialéctica entre sucesivas medidas reformadoras, que se revelarán muy rápidamente tardías e insuficientes con lo que reclama y necesita la parte activa del PCE, y la expresión cada vez más imperiosa de exigencia de democracia, que tomará múltiples formas, incluyendo la de la práctica de los derechos democráticos sin esperar a que sean otorgados, como la libertad de voto del Comité Ejecutivo del PSUC, y que agudizará las contradicciones entre la renovación democrática y la continuidad centralizadora.

Lo único que sí se puede decir es que un proceso democrático es un camino del que nadie puede volverse atrás impunemente. De ahí que el PCE se encuentre en estos momentos en un grave aprieto: o lo fuerza avanzando o se estanca con el subsiguiente fracaso. La importancia de las posibles repercusiones de una u otra actitud no sólo afectan a toda la izquierda española sino que trascienden el mismo marco nacional.



También el Partido Comunista de Canarias ha celebrado en fechas recientes su Congreso.